



Garbancito

Esta es la historia de Garbancito, un niño tan pequeño que sus padres le pusieron ese nombre. Preocupados por su diminuto tamaño, vigilaban atentamente cada paso que daba.

Un día, la madre de Garbancito estaba preparando la comida y se dio cuenta de que le faltaba azafrán. Garbancito, siempre atento y dispuesto a ayudar, se ofreció para ir a comprarlo. Al principio, su madre se negó, temerosa de que nadie lo viera y lo pisaran por accidente. Pero Garbancito insistió y prometió que iría cantando para que todo el mundo notara su presencia.

Con una moneda en la mano, Garbancito se dirigió a la tienda. Caminaba por las calles cantando para advertir a la gente de que estaba allí. Al llegar, el tendero tardó un poco en descubrirlo, pero finalmente lo vio y le vendió el azafrán.

Cuando regresó a casa, su madre se sorprendió y se alegró mucho al verlo con el encargo. Orgulloso de sí mismo, Garbancito preguntó si podía llevar la comida a su padre. Su madre volvió a resistirse porque la cesta era pesada y los caminos todavía estaban cubiertos de nieve, pero el pequeño logró convencerla.



Garbancito tomó la cesta y emprendió el camino cantando para que todos pudieran oírlo. Al salir del pueblo, los vecinos contemplaron asombrados cómo la cesta parecía moverse sola. A mitad de camino, Garbancito se detuvo a descansar junto a un huerto y se escondió debajo de una col para protegerse de la lluvia. De pronto, un buey se comió la col y, con ella, también a Garbancito.

Sus padres, muy preocupados, salieron a buscarlo hasta que encontraron la cesta abandonada. Al llamar a su hijo, oyeron la voz de Garbancito desde la barriga del buey. Comprendieron lo ocurrido y alimentaron al animal hasta que se hinchó tanto que expulsó al pequeño. Garbancito salió sano y salvo, tan contento como si nada hubiera sucedido.

Así termina la historia de Garbancito, un cuento que nos enseña que la grandeza no se mide por el tamaño, sino por la valentía y el ingenio.